

Píritu, un caso de identidad y cultura caribeñas

Fulvia Nieves de Galicia



PÍRITU, UN CASO DE IDENTIDAD Y CULTURA CARIBEÑAS

*Fulvia Nieves de Galicia**

U.C.V. / C.D.C.H.

Abordar la temática de Identidad y Cultura Caribeñas en Venezuela partiendo de un estudio de caso, implica ubicarnos en la perspectiva explicativa de la historia regional y la historia local; la historia de los hombres, que se realizan en las sociedades concretas, no importa cuál sea su escala o magnitud. En esas sociedades los hombres establecen vínculos con los espacios donde desarrollan sus actividades, y esos vínculos son los que van a conformar las identidades de los hombres. Y no hay duda que son las localidades —aldeas y pequeños pueblos— y las regiones —entendidas como espacios profunda y similarmente humanizados— las escalas donde mejor se pueden apreciar los fenómenos relativos a la sociedad y la cultura.

La historia regional que nosotros difundimos, no es la crónica local insípida, ni la reconstrucción positivista del siglo pasado. La historia regional de hoy, como bien lo señala Medina Rubio (1990), es una práctica que sabe que la acción y las fuerzas de una sociedad concreta, son mucho más amplias que sus propias realidades espaciales; ella parte de la convicción de que es necesario pasar a los ámbitos regionales, esos donde se complementan la coherencia y las identidades sociales, para una mejor comprensión del pasado, del presente y del futuro de los hombres. Es en esa historia regional y local donde nos incluimos quienes queremos reivindicar las identidades y los territorios.

La identidad como lo expresa Jorge Mosonyi (1987) no tiene el mismo valor conceptual cuando se predica de sustancias inertes que cuando se refiere a seres vivos, incluyendo la especie humana. Porque el fundamento último de la identidad en los seres vivos no se encuentra en la disposición

*Profesora, Universidad Central de Venezuela / C.D.C.H. Ponencia leída en el XVI Congreso de la Asociación de Estudios del Caribe, celebrado en La Habana, Cuba, mayo de 1991. Se reproduce con permiso de la Autora.

de sus partículas y átomos sino en la acción de un principio organizativo interior que les imprime unidad, coherencia y continuidad. Ese principio cuando se suman el conjunto de individualidades que conforman una sociedad o comunidad, debe visualizarse bajo la óptica que le imprime la cultura, la cual se dinamiza en el tiempo y en el espacio; cónsono con el proceso histórico que la fundamenta.

La identidad no es, en consecuencia, un concepto estático. No indica inmovilidad, fijismo, congelamiento, como podría hacer suponer el origen etimológico del término "identidad", derivado del latín *identista*, que procede a su vez de *iden* (lo mismo). La identidad es histórica y cambiante, expuesta a todo tipo de influencias, pero al mismo tiempo está provista de un núcleo constante, alrededor del cual se organiza y se reorganiza, núcleo sin cuya existencia la vida del individuo no sería tal, sino una mera sucesión desordenada y caótica de eventos y situaciones. Por consiguiente, la identidad tiene un alcance pancrónico, puesto que cada momento "presente", en la historia vital es una refundición, una síntesis dialéctica de todos los "presentes" anteriores, los cuales incorpora con el auxilio de la memoria y el razonamiento (Mosonyi, Jorge: 1987).

Es precisamente este sentido pancrónico de la cultura lo que permite hablar de la diversidad, la especificidad, la heterogeneidad que encierra el concepto de identidad a pesar ser aparente homogeneidad e igualdad. Diversidad o especificidad que responde a la interacción de la cultura con su entorno natural y social conjugado con los matices de los hechos históricos vistos con sentido de recurrencia, es decir, partimos de la concepción de un tiempo histórico en el que el pasado vive y actúa bajo distintas apariencias y donde el futuro no se perfila como un ente desarticulado y flotante sino como el desenvolvimiento de proyectos históricos íntimamente ligados a etapas anteriores. Sincronía y diacronía ya no son planes separadores sino que confluyen en una interrelación dialéctica permanente, en una poderosa totalidad histórica.

Esta concepción antropológica, ampliamente defendida por Esteban Emilio Mosonyi (1982-1987) nos conduce a afirmar que la historia de nuestra identidad es fundamentalmente pancrónica, puesto que resulta tan inexplicable en términos de un presente fenoménico como de una historia unilineal y esquemática. Es por ello que para poder comprender el proceso histórico-social de la nación venezolana, se hace indispensable conocer lo mejor posible la población indígena precolombina y sus descendientes actuales, los aportes de esa población a la formación de los pueblos latinoamericanos y caribeños, lo cual implica abandonar la idea rutinaria de una supuesta ruptura total entre el mundo anterior y el posterior a la "conquista"; la inserción paulatina de europeos y africanos en un mundo indígena desintegrado pero no muerto; la transformación subsiguiente y

nuevas diferenciaciones de todo este conglomerado humano, donde el pasado se sitúa siempre como marco referencial en presencia de las innovaciones que lo modifican de miles maneras sin poderlo aniquilar.

Nuestras sociedades, dentro de su heterogeneidad explícita, pueden en cambio manifestar una recia unidad en la diversidad a través de un fértil diálogo intersocietario entre identidades y culturas vivamente sentidas, de raigambres centenarias y muchas veces milenarias como es el caso de las etnias indígenas y de algunas comunidades afroamericanas. Esas identidades parciales bien pueden ser muy diferentes entre sí en cuanto a contenidos concretos, pero tienen la capacidad indisputable de comunicarse sus experiencias de autoafirmación y lucha por la supervivencia colectiva, en oposición irreductible frente a las presiones disolventes y homogeneizadoras.

Por ello, hablar del caribe venezolano implica hacer referencia a la dinámica del proceso cultural que se inserta en las peculiaridades propias a cada grupo étnico, los cuales definen una unidad étnica o grupos distintos pero en estrecha relación por las características propias del devenir histórico social de esa realidad. También implica hacer referencia al ámbito geográfico en el cual se definen distintas regiones; de ellas haremos referencia particular de la Costa Centro-Oriental.

Tomaremos como tópico central que orientará la discusión, en términos conceptual y metodológico, la categoría de patrón de asentamiento, que representa según el autor E.Z. Vogt (1956); una llave que abre las posibilidades de un diálogo sobre problemas comunes entre arqueólogos, ecólogos y etnólogos. El factor territorialidad presente en el concepto provee el necesario e imprescindible ingrediente que permite, por un lado, el estudio de las agrupaciones humanas existentes en su interrelación con su medio y por el otro, la inferencia sobre las relaciones económicas y socio-políticas. Consideramos que este sentido de territorialidad es uno de los componentes claves del sentir caribeño, ya que la complejidad étnico-cultural del Caribe dificulta una definición del área; al igual que los factores que tradicionalmente se utilizan para analizar el fenómeno cultural por ser ellos tan variados en esta región, como variados son sus componentes poblacionales.

La manera como el hombre se identifica con su espacio y hace de él, el escenario que alimenta su esencia colectiva, y valoriza en el tiempo sus raíces culturales que dejan sus huellas en el patrón de asentamiento y modo de vida, que trasciende a lo definido rígidamente como "región natural", es lo que permite que las fronteras geográficas se dinamicen y la región se identifique con lo endógeno y exógeno del espacio circundante. Por ello, el concepto de "región histórica", que más que un ente natural, es concebida como el resultado de la acción transformadora del hombre

sobre el espacio geográfico (Hernán Venegas: 1990).

El espacio histórico regional se expande o se reduce, adquiere importancia o la disminuye de acuerdo con la dimensión de sus elementos sociales. De ello resulta el carácter eminentemente dialéctico que tiene la región, por su constante transformación y cambio. Por lo tanto, el espacio geográfico se diferencia de la región en que aquél presenta una evolución mucho más lenta que ésta en cuanto a sus formas, límites, caracteres. La región se encuentra en una constante y rápida evolución, desarrollo y cambio, por lo que es importante observar la dimensión social, en el sentido histórico más que en el físico.

La tarea de tratar de identificar la región del Caribe, de encontrar una identidad regional, de buscar elementos comunes que superen las diferencias y antagonismos que separan los pueblos de todos esos países, no resulta nada fácil, más aún cuando un grupo de países han evitado acercarse a una historia común que los rodea —el mundo prehispánico cuya cultura, tradición y origen les resulta diferente al que les ha legado el colonialismo europeo de habla no hispana. Por ello se afirma, como bien lo señala Andrés Serbin (1987), que desde el punto de vista etnohistórico y teniendo en cuenta los rasgos culturales, lingüísticos, sociopolíticos y étnicos, el grupo de países antillanos presenta una similitud que los diferencia claramente de los países latinoamericanos, pese a que también existen significativas diferencias internas.

Esta concepción etnohistórica deja de lado los nexos culturales y étnicos que dinamizan la herencia histórica del Caribe hispanoparlante en su proceso de formación, cuyas raíces se remontan a períodos cronológicos muy distantes al presente, pero en cuyos contenidos podemos encontrar la explicación del sentirse caribeño, como sucede con la nación venezolana. Raíces que se observan en el núcleo de población autóctona de cada realidad caribeña: Caribes y Arawacos continentales migraron hacia territorio insular, en el período prehispánico y conformaron los núcleos de ocupación aborígen antillano; poblaciones que por su origen ancestral combinaban sus patrones culturales in situ con elementos del modo de vida precedente de las tierras continentales.

Al referirse Moreno Colmenares (1983) a la situación de Venezuela como país caribeño, apunta elementos coincidentes con lo anterior. Aprecia:

“...la conquista y colonización de Las Antillas y Tierra Firme por los españoles, así como los posteriores avances, establecimientos y depredaciones de las otras potencias europeas colonialistas, parcelaron y diferenciaron a través de siglos de dominación lo que antes lucía como una totalidad o conjunto conformado por un espacio ecológico, donde el comportamiento humano del mismo estaba constituido por una base común

amerindia, pertenecientes en alta proporción a grupos étnicos arawakos y caribes de distintas naciones o poblaciones, integrantes de uno de los flujos migratorios que se desplazaban por la Tierra Firme y la región insular aldeaña, provenientes de la Cuenca del Orinoco y del extremo nor-occidental de lo que hoy es Venezuela" (1983:2).

Este razonamiento encuentra explicación en la información que nos suministran las evidencias arqueológicas y etnohistóricas en cuanto a las relaciones que se dieron en el período prehispánico, entre el Caribe Continental y el Caribe Insular que se refleja en particularidades de su modo de vida.

La asociación de un sistema de subsistencia, basado en la recolección de alimentos marinos y cierta dependencia de los terrestres, es un elemento característico de las poblaciones recolectoras que se hallan en la costa oriental de Sur América desde 7000 años A.C. aproximadamente. Los estudios realizados en las Antillas sugieren que los grupos recolectores que habitan las islas desde por lo menos 2000 años A.C., continúan en líneas generales esa tradición, modificándola con el desarrollo de algunos complejos culturales que responden a una evolución local (Sanoja y Vargas, 1974). Ciertos núcleos de las poblaciones aborígenes del oriente de Venezuela comenzaron a emigrar hacia las pequeñas Antillas desde finales del último milenio antes de Cristo, llevando consigo el conocimiento de la alfarería y la agricultura y las pautas de vida sedentaria que habían desarrollado en Tierra Firme (Irving Rouse, 1948; Harris, Davis R., 1972).

Sanoja y Vargas en su texto **Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos** (1974), señalan que la colonización inicial de las Antillas parece haber sido en gran parte obra de los grupos aborígenes que migraron desde el oriente de Venezuela, aunque el período de mayor complejidad sólo se alcanza posteriormente en algunas islas de las grandes Antillas que por sus características ecológicas permitieron una mayor expansión y desarrollo del modo de producción agrícola mejorado con la adopción del cultivo de maíz, en sustitución de la recolección de conchas marinas, cultivo de la yuca, caza terrestre, difundido desde el oriente de Venezuela.

Es precisamente, esta historia común que prevalece en la herencia cultural de las sociedades caribanas latente en los patrones de conducta y en las formas de vida del Caribe hispano-parlante y preservada a través de la tradición del Caribe. Vemos así que uno de los más distinguidos escritores del Caribe, define su sociedad como "...una sociedad plural formada por partes desiguales, que debe su existencia a factores externos, sin una voluntad común, incapaz de derivar integración de un consenso normativo y dependiendo para el orden de una regularización forzada, en

situación donde una de las secciones culturalmente diferenciadas controla los destinos de la unidad completa (Smith, M.G. 1965).

Pensamos que para abordar la problemática de lo étnico y lo cultural en el contexto de historia regional-caribeña e incorporar nuevos elementos a la definición etno-histórica del Caribe, se hace necesario partir de estudios de casos, por ello hemos insistido en este informe sobre la costa centro-oriental de Venezuela por considerarla una realidad del Caribe en el marco regional.

Como ha sido señalado en otros trabajos (Nieves, 1986-1987), lo que ha sido definido en el ámbito regional Costa Caribe Centro-Oriental de Venezuela, denota una diversidad socio-cultural que no guarda relación con la aparente unidad que refleja en los esquemas de clasificación de áreas culturales designadas tradicionalmente en los estudios antropológicos e históricos, los cuales han intentado correlacionar dichas áreas tomando en cuenta la división político-territorial del país, más la sumatoria de rasgos culturales afines o compartidos por entidades étnicas, unido a una determinada filiación lingüística. Olvidándose, que cada realidad de ese contexto regional, debe verse en función de tres dimensiones estrechamente vinculadas que demarcan las características específicas que las distinguen como parte de esa unidad, a saber espacio, tiempo y cultura.

Esta micro-realidad del Caribe comparte con sus afines continentales e insulares la pluralidad étnico-cultural. Las evidencias arqueológicas y etnohistóricas han demostrado la presencia en nuestro litoral caribe centro-oriental desde el período prehispánico de grupos étnicos caribanos, pertenecientes a la Provincia Cumanogoto, del área Chocopata, Píritu, Cocheima, Characuar, Topocuar, Curumucare y otros, los cuales dan origen a la conformación de las sociedades coloniales. A partir del período indohispánico, el proceso de mestizaje étnico-cultural incorpora nuevos ingredientes poblaciones al perfil de la sociedad nacional con lo cual la pluralidad étnica aborígen se transforma.

Conviene aquí resaltar algunas apreciaciones que se tiene sobre la región caribeña en la literatura antropológica en cuanto al aspecto cultural y el régimen económico. Se indica que durante el siglo XVI hubo profundas transformaciones impuestas por los invasores españoles. Desapareció una gran parte de la población indígena y comenzó a producirse una profunda transformación en los caracteres de la zona circuncaribe. Acosta Saignes (1986: 5), acota que para el siglo XVIII se encuentran rasgos comunes en una población de origen africano importada por la fuerza a América, lo cual sustituyó, en gran parte a los indígenas, aunque ésta no estaba en el siglo XVII totalmente extinguida dentro del área, sino en algunos lugares. En otros todavía vivía la población indígena en estrecha relación con los nuevos pobladores africanos. Considera que hubo durante los siglos

XVI, XVII y XVIII un área del Caribe constituida no por la similitud de los elementos culturales creados por las diversas culturas del área, sino por la similitud de los elementos de la explotación impuestos por el capitalismo desde los diversos países europeos, con la circunstancia de que el régimen económico más avanzado de este tiempo en el mundo, recreó una forma antigua de explotación: la esclavitud.

Al respecto, en relación a las culturas caribeñas y su identidad como producto de su herencia histórica, cabe resaltar (Acosta Saignes: 1986) la preponderancia del modo de producción esclavista dentro de un modo de producción más avanzado, que demarca el proceso histórico social del Caribe a partir del siglo XVI y contribuye a definir su identidad. Aspecto de carácter económico que genera efectos en los patrones de conducta de las sociedades caribeñas que se refleja en lo político, lo ideológico y lo socio-cultural. Territorios explotados y sometidos por los colonos europeos devastadores del modo de vida autóctono, con la incorporación de una economía de plantaciones que redefine las especificidades insulares y continentales, en consonancia con las respuestas emitidas por cada sociedad, en relación a las particularidades del medio natural y a la fuerza de los parámetros culturales.

El sincretismo cultural, producto de la amalgama étnica que concurre en el mundo caribeño en el transcurso de su historia, tiñe a esta realidad con matices heterogéneos de microescenarios culturales que denotan diferencias en cuanto a la incorporación al modo de vida tradicional, de los sistemas económicos que imperan en América a partir del llamado "período de conquista y colonización", sin dejar de lado la complejidad que encierra el proceso de comunicación en el panorama de las relaciones inter-étnicas.

En el panorama del Caribe Centro-Oriental venezolano, un escenario étnico-cultural, claro ejemplo de la diversidad que encierra la identidad nacional a escala regional, es la comunidad indígena de Píritu ubicada geográficamente en el Estado Anzoátegui. Comunidad que denota en el ámbito contemporáneo, la huella de una herencia ancestral que ha revalorizado en el transcurrir de su historia, los patrones socio-culturales de sus raíces aborígenes.

Esta comunidad, vinculada a la unidad étnica de los cumanagoto, parcialidad indígena Píritu, representa en la caracterización de la población nacional, un típico representante de la sociedad campesina criolla identificada con dicha cultura; no obstante, si profundizamos en la historia regional de dicha población, observamos que se trata de una caracterización aparente.

Ellos, como comunidad, se identifican territorialmente con el espacio que demarca a la actual comunidad indígena de Píritu, conformada por 18 caseríos en un área aproximada de 4.841 hectáreas, territorio que integraba

la antigua misión de Píritu en 1773. El fin de los pueblos de doctrina y misión llegó con el proceso de independencia. "...todas las órdenes religiosas fueron suprimidas en la Venezuela independiente" (*Las Misiones de Píritu*, Tomo I. 1967: LIX). Los habitantes del pueblo de doctrina de la Inmaculada Concepción de Píritu permanecieron en el territorio en el cual habían sido reducidos sus antepasados. Sobre el particular, la información suministrada por la arqueología proporciona un conjunto de datos que dan cuenta del intenso movimiento poblacional que existía en el área para el período hindohispánico. Se ha procesado un conjunto de muestras de material cerámico indoeuropeo, cronológicamente ubicados entre los siglos XVIII y XIX, procedentes de los caseríos que forman parte de la comunidad indígena de Píritu; esta información da cuenta de la continua ocupación de estas tierras y de la persistencia del patrón de asentamiento vinculado a una tradición cultural que refleja la unidad étnica de la región.

El sentido de pertenencia a un espacio culturalmente humanizado y revalorizado por el acontecer histórico; el sentirse identificado con una estructura social que se fundamenta por una marcada descendencia matrilineal de origen clásico y asentamiento matrilocal por grupos de parentelas; el hecho de reconocerse ellos mismos como indígenas; mantener una tradición y ocupación de la tierra, que data desde la época prehispánica; predominio de actividades de subsistencia caracterizadas por una agricultura de secano, siendo el conuco el sistema de cultivo predominante; comunidad autosuficiente en cuanto al consumo de productos foráneos, existencia de una cosmovisión que gira en torno a mitemas que resaltan la figura de la culebra, que regula el curso de las aguas, la fertilidad de la tierra y la relación hombre-naturaleza y la utilización tradicional del barro y techo de palma, sustituido recientemente por techos de zinc, representan los parámetros que diferencian en el plano de la cultura, lo auténtico de lo aparente.

Razones por lo cual la identidad no debe pensarse en términos totalizantes, por el contrario frente al concepto de identidad nacional debe repensarse en el de la identidad regional, local, comunitaria, que dinamice el concepto en relación a la participación de cada individualidad que conforma una colectividad en su contexto histórico.

Esta manera de concientizar el problema de identidad nos permite entender por qué Venezuela, culturalmente heterogénea a partir del proceso de interacción con el mundo africano y el europeo, mantiene parcialidades a escala regional que se identifican con el basamento de la cultura indígena, lo cual a su vez diversifica las identidades regionales. Píritu es un vivo ejemplo de una cultura que representa en el presente el hilo conductor entre el ayer y el porvenir: la confluencia de los hechos pasados, enriquecidos por la cultura, con el presente pancrónico.

La identidad, como unidad conceptual metodológica, que permite la comprensión de los múltiples factores sociales, económicos, políticos, religiosos y culturales que se han conjugado para perfilar la autenticidad y especificidad de un pueblo, no puede ser tratada, sin su ubicación regional en el contexto socio-histórico del cual forma parte como integrante de una nación, es decir, la identidad inserta en lo regional.

En razón de que las culturas confieren un importante elemento de identidad a sus integrantes, debemos puntualizar que cuando nos referimos a la categoría de identidad, reconocemos el derecho a la diversidad como componente fundamental de la igualdad; la unidad no tiene por qué implicar homogeneidad. El sentido de identidad cultural e histórica, refleja en sí una particularidad que deviene de las diferencias entre un pueblo y otro por las distintas conductas culturales que han asumido en los distintos períodos de existencia. El Caribe es un claro ejemplo de esta diversidad que encierra una identificación de realidad compartida. Una identidad cultural caribeña denota nuestra conciencia sobre la participación en tradiciones históricas que nos rotulan como un pueblo de caracteres específicos.

Las sociedades vinculadas al ámbito regional de la costa caribe venezolana, Píritu una de ellas, no escapa a la problemática enunciada; sin embargo, como hemos insistido (Nieves, 1986) en la importancia que tiene en el análisis de la región caribeña, la composición étnica de la misma, y en el caso específico del Caribe Continental, la persistencia en partes, de algunas particularidades del modo de vida ancestral o tradicional, observada en las características culturales de los asentamientos o sociedades contemporáneas; pensamos que esta composición étnica nos sirve para explicar buena parte del Caribe Venezolano, el cual mantiene en el presente su vinculación en términos socio-antropológicos y por ende históricos, con la base ancestral (población aborigen), componentes étnicos que tipifican su aspecto o apariencia superficial. Es por ello, que a diferencia de otras especificidades del Caribe, en Venezuela se observa la persistencia de este componente étnico, el cual a pesar de su pluralidad en cuanto a su unidad étnica, forman parte de un mismo conjunto humano, especialmente distribuido en un medio geográficamente estable que constituye una sociedad global completa, particularmente viva y consciente de su identidad.

Nuestra identidad cultural, esto es, nuestra conciencia sobre la participación en tradiciones históricas que nos definen como un pueblo de caracteres específicos, y nuestra identidad nacional, aquella conciencia de identificación de esas tradiciones históricas con el espacio físico y político que constituyen el asiento de la nación, son conceptos que rechazan la postura que enfatiza el planteamiento de la búsqueda de la identidad cultural en términos históricamente reaccionarios, como una suerte del

retorno al pasado, representada por un conjunto de valores de probada vigencia. La búsqueda de la identidad cultural puede plantearse también como una especie de activa articulación con el presente, la cual permite participar del mismo en forma autónoma, es decir, apoyando en una conciencia histórica la capacidad de determinar objetivos culturales para la revalorización de la autenticidad.

Cabe asumir a la identidad como un proceso de autoafirmación, comunitaria e individual; implica no sólo sentir la pertenencia a una colectividad, sino experimentar también la propia personalidad como única y singular. Cada realidad del Caribe continental e insular representa esa individualidad que se identifica con la región caribeña en términos de colectividad.

BIBLIOGRAFIA

- Rouse, Irving
1948 "The Arawak". Handbook of South American Indians. Vol. 4 p. 507. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. Bull 43, Julian H. Steward. Ed. 1948.
- Sanoja, Mario e
Iraida Vargas.
1974 Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos. Monte Avila. Editores, Caracas-Venezuela.
- Serbin, Andrés
1987 "Venezuela ante el Caribe de habla inglesa: categorizaciones y contrastes cognitivos". En: Venezuela y las relaciones internacionales en la Cuenca del Caribe. Andrés Serbin, compilador. Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS). Asociación Venezolana de Estudios del caribe (AVECA)
- Smith, M.G.
1965 The Plural Society in The British West Indies. Berkely-Univerty. pp. 14 y 67.
- Venegas, Hernán
1990 "Criterio de región para investigadores". En: Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales. No. 31, Año 8, Vol. VIII. Caracas, julio - septiembre.
- Vogt, E. Z.
1956 An Appraisal of Prehistoric Settlement Patters in The New World. Edited by Gordon Willy. Viking Fund Publication in Antropology 23: 173-182 New York.

ABSTRACT

It is said that, in order to study the ethnic and cultural problems in the ethno-historical context of the Caribbean, it is necessary to proceed from case studies that will allow us to include new elements in the ethno-historical definition of the Caribbean. After establishing a number of initial theoretical definitions, the author brings forth a brief account of the Venezuelan Central-Eastern Caribbean region as a case of diversity within the national identity, giving as an example the indigenous community of Píritu, within the state of Anzoátegui; originated in a religious mission in 1773.

The community of Píritu, whose defining elements are briefly described, is "a living example of a culture that represents the actual live-wire connecting the past with the future, the convergence of past events, enriched by culture, with the panchronic present." The study of its identity, as a conceptual-methodological unit, allows us to comprehend the various social, economic, political, religious and cultural factors. The author states that this ethnic composition is useful in explaining a good part of the Venezuelan Caribbean.